

Presentación del Señor - A

Rosalino Dizon Reyes

Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no harán caso ni aunque resucite un muerto (Lc 16, 31)

El Señor se nos presenta en lo ordinario y lo extraordinario. Se sirve de estructuras existentes, pero también rompe esquemas. Cómo se manifiesta él es importante, pero no menos importante es la manera en que nos preparamos para responder.

Se presenta Jesús en el templo, conforme a la práctica ordinaria del judaísmo. Como ordinariamente se espera, viene con sus padres. La familia solo está observando las acostumbradas prescripciones de la ley de Moisés. Pero no tarda en salir a la superficie lo extraordinario.

Extraordinarias preparaciones y atenciones de parte de Simeón y la profetiza Ana. Seguramente empezaron en el camino de rectitud y devoción, cumpliendo las prácticas ordinarias de la religión judía. Tan fuera de ordinario resultan sus respuestas que quedan admirados María y José de lo que se dice de Jesús, aun con la mención de una espada. Quizás todo esto les da a entender que no se está realizando la vida tranquila y ordinaria en Nazaret que se imaginaban el día del desposorio.

Los que son fieles, por la gracia de Dios, en lo poco y lo ordinario se preparan para lo grande y lo extraordinario. Tal es el caso en la vida de san Vicente de Paúl. Sus logros más admirables tenían las raíces en sus respuestas humildes y sencillas a las necesidades del momento indicadas por la Providencia en el transcurso de la vida ordinaria (Jacques Delarue). No es extraño que también Malaquías prometa al pueblo que si ellos guardan los mandamientos conocidos y usuales, lograrán luego maravillarse de la entrada del Señor en el santuario, seguros de que serán sanados, sin miedo de que no podrán ni resistir su venida ni quedarse de pie ante su aparición.

Los imbuidos de esperanza y anhelo igualmente se maravillan al percibir que el niño frágil que se ofrece con la ayuda de sus padres es la gloria de Israel y la luz de las naciones. Se presenta semejante a nosotros en todo, menos en el pecado, tanto para desmentir el mito—popular hoy y en tiempos de Malaquías—de que los malvados prosperan mientras los justos sufren desgracias, como para librarnos a todos del miedo esclavizador de la muerte y de nuestra condición de criatura.

Asegura Malaquías: «Entonces agrada al Señor la ofrenda de Judá y de Jerusalén». Acepte Dios con agrado nuestros dones de pan y vino ordinarios y los santifique por el Espíritu, de modo que sean, para nuestra grata sorpresa, Cuerpo y Sangre de Cristo. Que no resulte abominable nuestra celebración de la Cena del Señor a causa de nuestra indiferencia a los pobres.